

AMO LOS UNIFORMES

BLANCA LACASA

CRISTÓBAL FORTÚNEZ



ASTIBERRI

EL ACTOR PORNO

La profesión de actor porno se caracteriza por ser un oficio escueto en lo que a ropajes se refiere: (casi) siempre se acaba en cueros. Poco uniforme se puede idear como no propongamos tatuajes corporativos, lo cual se extralimitaría no poco de nuestras intenciones. Pero también es cierto que hay pausas en los rodajes y tiempos muertos que necesitan ser cubiertos (de ropa). Así que sugerimos para estos profesionales del sexo un atuendo rabiosamente minimalista, muy fácil de poner y quitar, que no estorbe, desconcentre o chafe la herramienta de trabajo, y sobre todo que sea confortable, que no oprima lo que no tiene que oprimir ni restrinja la libertad artística, y que favorezca la expansión necesaria para el desempeño de las tareas.

¿Y qué mejor que en un albornoz blanco y mullidito? Llegará justo por la rodilla (los que cubren hasta media pierna no dejan de resultar incómodos y poco prácticos para ciertos menesteres) y estará bien ceñidico a la cintura. En los pies, unas zapatillas a juego también blancas y de felpa. En el bolsillo superior izquierdo del albornoz, además de exhibir el escudo corporativo, lucirán impresas sus iniciales (en oro, plata o cobre, según tamaño de miembro o número de películas hechas). Estas mismas iniciales estarán bordadas en las zapatillas. Debajo del albornoz, llevarán unos calzoncillos sueltos (nunca slips o algo que estruje, apriete o perjudique la circulación) y de seda o de algún material mórbido (que no morboso). En los bolsillos laterales del albornoz, habrá siempre unos pequeños sobrecitos con aceites, preservativos y lubricantes de todo tipo y sabor. Y, como complemento, de su cuello colgará una fina cadena de oro con una cruz romana.

Se prohíbe terminantemente el uso de calcetines (cortos, largos o medianos: producen unas marcas horribles) o de reloj (que también deja señal, y que, en caso de llevar puesto, puede despistar la atención de espectador de lo importante, por no hablar de los probables saltos de raccord).



EL ARQUITECTO

—Seamos claros de una vez por todas: ¿a qué se dedica un arquitecto, a qué CARAJO se dedica un arquitecto?

—A hacer casas, señor; a la construcción, señor.

Muy bien. Teniendo en cuenta esta verdad universal, planteamos un uniforme para esta ilustre profesión que sirva de humilde recordatorio al insigne trabajador del ramo, y que sea como él: cosmopolita, cómodo, práctico y cool; moderno, en una palabra. Proponemos un funcional peto de diseño en riguroso negro —pantone Jean Nouvel— (la versión femenina transformará este peto en una falda-peto a la altura de la rodilla). Bajo dicha prenda, el imprescindible jersey de cuello vuelto también en negro. La parte delantera del peto lucirá un útil bolsillo en el que disponer ordenadamente bolis, alguna libreta y el último iPhone. El peto irá ajustado a la cintura con un remedo del clásico cinturón de kárate, cuyo color indicará el grado del arquitecto (cuantos más metros edificados, más categoría). Los zapatos serán, indefectiblemente, tipo Camper (puntas redondeadas, pelotas en la suela, un toque de diseño naïf y *ecofriendly*). En el rostro, nada de barba, bigote, maquillaje o cualquier ornamento innecesario y, por lo tanto, vulgar. Gafas, bien; gafas, sí; gafas, POR FAVOR. Ellos lucirán un corte de pelo estudiadamente despeinado y rebelde (cabeza afeitada en caso de alopecia incipiente: si hay algo que un arquitecto no se permite hacer jamás es el ridículo); ellas, media melena desestructurada (con canas a la vista si éstas ya han hecho su aparición).

Y, para dejar claro que el arquitecto es también y sobre todo artista —aunque minimalista—, el imprescindible toque de color: los cordones de los zapatos en un tono chillón, un reloj flúor, unas gafas que chirrién, unos calcetines de estampado arcoíris, un broche de líneas geométricas o curvas niemeyerianas... Algo. Un detalle, sólo uno, que certifique la genialidad controlada y casi amordazada en medio de esa "marea negra", santo y seña de elegancia, de contención y de savoir-faire. Un brochazo de color símbolo del arte que habita en esa mente científica y racional.



EL BECARIO DE UNA REVISTA DE MODA

El uniforme de becario de una revista de moda es, como sus propias tareas, de libre configuración. Lo único que distingue al sí becado de cualquier otro trabajador no becado es que el becario es siempre el más fashion de todo el edificio, el que lleva las mejores prendas y las más caras –o, al menos, con apariencia de serlo–, y el que sigue las tendencias a rajatabla madrugando (mucho) para llegar a la redacción hecho un pincelín. El becario aún no ha entrado en la fase –demasiado adulta y sujeta a condicionantes económicos y prácticos a los que él permanece ajeno– del “menos es más”.

Así, proponemos para nuestro becario un uniforme muy laxo (en el sentido de que podrá interpretarlo y complementarlo a su libre antojo), pero que siempre constará de los siguientes elementos base (sobre los que empezar a crear un estilismo que dejará a toda la redacción boquiabierta, primero; cuchicheantes y envidiosos, en segundo término):

- 1. Bolso/mariconera/capacho:** cualquier recipiente en el que meter todo lo necesario para un duro día de trabajo (maquillaje, revistas, iPad, iPhone, iPod, medicinas, coca-colas, barritas, chicles, mecheros...). El bolso ha de ser enorme (tanto que parezca que el becario PODRÍA caber en él), de marca y muy aparatoso. Llevarlo colgando del antebrazo con la mano tonta. Colocarlo sobre la mesa de trabajo de tal manera que ocupe más de la mitad de la superficie disponible. En la otra mano –no tonta– llevar un vaso grande de cartón plastificado con un líquido no identificable.
- 2. Zapatos:** importantísimos. Taconazos/plataformas/andamios para ellas; para ellos: zapatillas imposibles de marca y de edición limitada. El uso de calcetines en cualquier época del año está penalizado.
- 3. Pantalón colilla,** que es lo que viene después del pitillo. Adheridos, pegados, soldados a la piel, dibujarán la silueta comprimiéndola hasta el borde de la muerte por asfixia, y dejarán lo que viene a ser el diámetro del tobillo al aire.
- 4. La parte superior del traje** la dejamos al libre albedrío del becario, ya que habrá de ser diferente y novedosa CADA DÍA. El becario no puede repetir look, ha de sorprender a sus efímeros compañeros de trabajo cada mañana. Recomendamos blusas fluidas, de encaje, *print* animal o aperturas imposibles; camisetas con mensajes, animales o fotos de modelos en posturas no humanas; jerséis con grandes logos o estampados de fauna y/o flora... Por encima, fulares, cadenas, collares, barbas, sujetadores a la vista...
- 5. Gafas de sol y cigarrillo:** si no llevas gafas de sol y no fumas, no eres becario. Las gafas han de ser grandes, de formas imposibles, llamativas y extravagantes, y, por supuesto, de marca; los cigarros, si pueden ser *extralarge* y finicos, mejor. Entrar hasta el fondo de la redacción con las gafas puestas y el sabor de la última calada en el aura.



EL CATADOR

Aplicando a rajatabla el espíritu que gobierna este libro (crear uniformes útiles y al servicio de la profesión que “uniforman”), el traje del catador no podía ser otro que el propuesto a continuación. ¿Qué hace un catador? Catar, probar, gustar, saborear, paladear, degustar, oler, olfatear... Ampliando el campo de batalla, diremos que el catador es alguien que prueba algo. Y, para probar algo, los sentidos, todos, son los que tienen que primar y sentirse libres. Que fluya la cosa. Vista, olfato, gusto, tacto y oído. Y que todo lo demás quede a un lado, aletargado y olvidado.

Así, el hábito del catador (cate lo que cate, como si son medicinas) será un cómodo y elegante bañador y un gorrito a juego que le recoja el pelo sin oprimirle la cabeza ni ocultarle las orejas. Con ello, lograremos:

- a.** Que los contratantes del catador estén obligados a mantener al catador y su entorno durante la cata a una temperatura agradable y adecuada.
- b.** Que el catador tenga todos sus sentidos al aire: esa nariz abierta, esos ojos despejados, esa piel expuesta, ese gusto presto, esos oídos aguzados.
- c.** Que el catador, no pudiendo concentrarse en ninguna otra cosa (un pelo en la chaqueta, un hilo colgando de la camiseta, un botón suelto, una caspa rebelde), se centre en saborear, oler, tocar, escuchar y mirar.

El pantone del bañador variará según lo haga la sustancia a catar. Si fuere vino, un tono granate; si fuere cerveza, un estampado espumoso; si fuere champán, un rollo burbuja; si fuere jamón, un *print* veteadado...



EL CATEQUISTA

A un catequista se le requiere, ante todo, sencillez. Lo importante en la labor del catequista es lo que dice, su misión es extender y dar a conocer el mensaje de Dios. El catequista ha de estar preocupado por servir. En este sentido, y sabedores de que el lenguaje visual es más importante de lo que, a veces, nos creemos, despojaremos a estos siervos del Todopoderoso de todo adorno innecesario, de todo destello formal que pueda interferir en lo importante, en el fondo, en el mensaje. Así pues, adoptaremos el gris como color único. Y daremos al uniforme un retrogusto colegial para que los niños (en principio, audiencia prioritaria de los catequistas) empaticen instantáneamente, siendo así más permeables a la palabra del Creador. El conjunto brillará por su austeridad: jersey de pico gris, camisa blanca, corbata gris, pantalones cortos de uniforme, calcetines bien estirados y zapatos de cordones especialmente diseñados para permitir que el catequista pueda recorrer sin molestias –y sin callos– los caminos del Señor. Un severo y pulcro corte de pelo y unas gafas ahumadas darán el contrapunto necesario e infundirán un justo y mesurado temor de Dios...



EL CONCURSANTE DE REALITY SHOWS

De un tiempo a esta parte, se ha impuesto un modelo estético muy determinado entre los concursantes masculinos de la telerrealidad (pelo rapado o melenita agitanada y engominada, rayos UVA, cejas depiladas, camisa entallada o camiseta de estampado demoníaco abierta hasta el esternón, colgantes tribales o collares de cuentas, anillos XXL, pantalones vaqueros de cortes y colores imposibles, zapatillas de deporte plateadas o doradas con el logo bien visible...). En nuestro afán por ayudar a cada colectivo a hacer su trabajo lo mejor posible, queremos cambiar este paradigma estético con una doble finalidad: por un lado, dignificar esta que ya se ha convertido en una profesión; y, por otro, conseguir que los concursantes no sean seleccionados en los cástings por su indumentaria ni se proclamen triunfadores de las ediciones de *Gran bodrio*, *Superfrikis*, *Operación retorno*, *Mujeres y hombres del revés*, o el reality de turno, sólo por su look. Que sean elegidos y que ganen, sí, pero por su apabullante personalidad, por sus dotes de supervivencia o frikismo, o por su capacidad para hacer de cada nuevo día una cosa inolvidable.

Así que planteamos un traje de chaqueta cincuentero, camisa blanca y zapatos de cordones. Un atuendo que proporcionará seriedad y que igualará las oportunidades de estos gladiadores de las ondas. La diferencia está en los detalles, como siempre: anillos, gafas de sol y demás adminículos harán de cada concursante alguien único. Y, ojo con el estuche mágico: una funda de gafas que esconde todo lo que un aspirante a *celebrity* puede desear (incluido un espejito en el que ensayar sus muecas).



EL COOLHUNTER

Una de las profesiones que más urgentemente requieren uniforme es la de coolhunter. Por dos motivos bien concretos:

1. porque proliferan como setas y el viejo dicho de ¿estudias o trabajas?, luego transformado en ¿estudias o diseñas?, se ha convertido últimamente en ¿estás en paro o cazas tendencias?
2. porque hay un error frecuentísimo entre estos profesionales en creerse eso del cazador cazado. No es el coolhunter quien tiene que crear tendencias, ni tampoco seguir las modas. Él debe perseguirlas, y, una vez encontradas, documentarlas.

El coolhunter –al igual que los entomólogos en la selva, los soldados en la guerra o los infiltrados en las mafias– ha de pasar completamente desapercibido. Mirar sin ser visto. Camuflarse. De ahí que el uso de prendas estrafalarias, los cortes de pelo intolerables, los looks fantasía y los complementos ostentosos deban ser absolutamente descartados y desterrados de su vestuario y de su armario. El coolhunter colecciona mamarrigans, pero no debe ser uno de ellos. Si esto sucediera, invertiría el orden y la cadena trófica, se retroalimentaría, se fagocitaría; y su trabajo dejaría de tener sentido: él sería su propia creación, su propio hallazgo, su propio monstruo... ¡NO!

Este trabajador deberá vestir de riguroso negro, la negación del color. Y llevar prendas de grandes superficies que en ningún momento se inventen nada nuevo o llamen la atención. Habrá de ir perfectamente afeitado. Sin patillas. Y con un corte de pelo que no requiera de mucho mantenimiento y que no sea moderno ni antiguo. En cuanto al calzado, podrá llevar el que desee, pero siempre cubierto por unos frondosos calcetines negros que impidan distinguir de qué tipo de zapato se trata. Lo importante es que nada en él sea susceptible de ser copiado o imitado. El conjunto se rematará con una mochila pequeña, también negra, y comprada en los chinos a ser posible, en la que guardará una cámara de fotos (preferiblemente Polaroid) y un cuaderno (prohibidas las Moleskines e imitaciones).

Con este drástico outfit se conseguirá aparte del anonimato imprescindible para mirar, un fortalecimiento en el carácter del coolhunter, que se resistirá férreamente a cualquier tendencia que se cruce a su paso; y lo que es más, evitará que caiga en ese horrible vicio de convertirse en un pequeño dictador de modas, en un dios fashion que impone sus gustos y criterios.



EL CRÍTICO DE CINE

Sentarse en una butaca a criticar, juzgar u opinar sobre una película es cosa seria, un acto que entraña una enorme responsabilidad. No se puede hacer a la ligera. Se trata de valorar la obra de otras personas y uno no puede dejarse llevar por prejuicios, problemas personales, discusiones familiares, tristezas de amor o incomodidades varias. El uniforme que aquí proponemos para este colectivo profesional tiene como máxima el confort, la comodidad, la seguridad; que el crítico se sienta como en casa, porque ¿hay algún lugar en el que uno se sienta mejor que en su vivienda?, ¿existe un sitio más idóneo que el domicilio propio para solazarse, recrearse y, al mismo tiempo, concentrarse en lo que se está viendo? Creemos que la respuesta es no. Y, por eso, y en aras a la excelencia de la crítica, queremos reconstruir un ambiente familiar, hogareño, casero para que el crítico se encuentre relajado y dispuesto para el juicio, que no para el prejuicio.

Para este uniforme nos hemos inspirado en esa famosa sentencia que reza "peli y manta" como el colmo de la felicidad. Para recrear esta atmósfera, ¿qué mejor que una batamanta? El crítico de cine se fundirá en/con esta cómoda y cálida prenda, y se hundirá sin miedos en la butaca de su cine preferido sintiendo el calor del hogar invadirle. Como, y a pesar de todo, entendemos que el crítico se debe a su oficio, y que el desempeño de su función no debe quedar relegado a un segundo plano, el atavío estará rematado por las obligatorias gafapastas y por una visera con luz que permita al crítico tomar las notas pertinentes durante la proyección sin molestar a sus vecinos de sesión. Estamos seguros de que, con este atuendo, el crítico elaborará sus reseñas con total relax y suma precisión.

